

su rey. Esta muerte hizo cambiar enteramente la faz de los negocios; todo cayó bajo el dominio de Chilperico, que volvió en seguida á París, sorprendió allí á la reina Brunequilda, viuda de Sigeberto, y mandó prenderla y conducirla á Ruan. Childeberto, hijo de Brunequilda, de edad de solos cinco años, fué llevado á Metz por los fieles servidores de su padre y reconocido rey de Austrasia.

San German murió el año siguiente, en el de 576, á los ochenta de edad. Además de las grandes virtudes de este santo obispo, se admiran en él aquellas cualidades tan diversas y tan difíciles de combinar de Marta y de Maria, el espíritu de oracion y la asiduidad en el trabajo. Muchas veces despues de haber pasado toda la noche en la iglesia, escepto algunas horas antes de amanecer en que se acostaba para que no se notasen sus penitencias, no cesaba de dar audiencia á una gran multitud, en especial á los pobres y afligidos, á los cuales muchas veces buscaba por sí mismo en las tristes habitaciones donde ocultaban su vergüenza y su miseria. Innumerables milagros se cuentan obrados en su sepulcro y confirmados por la veneracion de los pueblos, que pusieron su nombre á la iglesia de San Vicente, á la que le trasladaron. El rey Chilperico, que se preciaba de literato, hizo su epitafio.

Entretanto este príncipe, usando de su fortuna sin moderacion, hizo marchar hácia el Poitou á su hijo Meroveo, ignorando su afecto para con Brunequilda (1). Habia principiado esta estraña pasion en París, donde habiéndose hallado reunidos se habian irritado mutuamente contra Fredegunda, que habia hecho repudiar á la reina Andovera, madre de Meroveo, y acababa de hacer asesinar al esposo de Brunequilda. Enterne-

(1) Greg. Tur. lib. 5 hist., cap. 14.

ciéronlos muchas veces sus disgustos y mútuas desgracias sobre su recíproca desventura; y su ternura degeneró tanto mas fácilmente en amor, cuanto mas fundada parecia su ternura, y su familiaridad menos sospechosa, siendo Brunequilda viuda del tío de Meroveo. Mas ella era todavía jóven y no habia perdido nada de sus atractivos seductores, tan capaces de hacer impresion en una alma debilitada por el dolor. Meroveo, con pretesto de ir á ver á su madre que estaba desterrada y como prisionera en Mans, pasó por Ruan, se unió á los partidarios de la reina Brunequilda, y se casó con ella con todas las ceremonias de la Iglesia. Contra él marchó desesperado el rey; admitióle luego al parecer en su gracia; mas despues, á causa de algunas nuevas sospechas le mandó prender, le obligó á recibir la tonsura y hábito clerical, y por fin á dejarse ordenar de presbítero, y le envió al monasterio de San Calais en el Maine para que aprendiese las reglas de la vida eclesiástica. Empero con el auxilio de un capitán del difunto rey Sigeberto, se escapó y refugió en la iglesia de San Martin de Tours, asilo el mas sagrado del reino.

Mandó el rey al santo obispo Gregorio que arrojase de la Iglesia al príncipe, á quien trataba de apóstata, amenazando que, si no, lo llevaria todo á y sangre fuego. «¡No permita Dios, contestó el santo prelado, que un rey católico profane los lugares que los godos arrianos han respetado siempre!» Y dejó á Meroveo en su asilo. Mas el jóven príncipe, no creyendo que habia ninguna barrera sagrada contra el furor de su padre, y mucho mas de Fredegunda, resolvió reunirse con Brunequilda, que habia podido salvarse en Ruan, y gobernaba la Austrasia bajo el nombre de su hijo el jóven Childeberto.

Antes de separarse del sepulcro de San Martin, quiso saber lo [porvenir por una

práctica supersticiosa acostumbrada en aquel tiempo, aunque ya muchas veces condenada en los Concilios bajo el nombre de suerte de los Santos. Sobre el sepulcro puso el Salterio, el libro de los Reyes y los Evangelios, y despues de haber pasado tres dias seguidos en ayunos, vigiliias y oraciones, abrió á la ventura cada uno de estos libros. En el de los Reyes, el primer verso de la página era el siguiente: «*porque habeis dejado al Señor vuestro Dios, para seguir á los dioses extranjeros, él os ha entregado á vuestros enemigos.*» Los pasages de los otros dos libros no parecieron menos espantosos al príncipe, el cual se los aplicaba, lo que le hizo verter muchas lágrimas antes de partir. No obstante, tuvo la dicha de llegar á Austrasia, pero no fué recibido del modo que esperaba. Brunequilda mas política que apasionada, despues que se restableció su fortuna no quiso disgustar á los señores austrasianos que estaban poco dispuestos á reanimar el fuego de la guerra por un desgraciado demasiado famoso, que se habia hecho la fábula de la Francia y la tea de la discordia entre los príncipes franceses. Por fin, despues de haber andado errante algun tiempo de provincia en provincia, fué preso y muerto cerca de Terouana.

Mas antes de suceder esta catástrofe, Chilperico, viendo se le habian escapado sus principales víctimas, descargó todo su resentimiento sobre Pretestato, obispo de Ruan, que se habia compadecido de sus desgracias, y le acusó no solo de haberles dado la bendicion nupcial, sino tambien de haber fomentado la rebelion. Hizo reunir en París cuarenta y cinco obispos que formaron el quinto Concilio (1). Asistió personalmente el rey, y en presencia de todos dijo así á Pretestato: «¿Qué imaginábais, prelado temerario, cuando casasteis con su tia á Meroveo, mi enemigo mas bien que mi hi-

(1) Greg. Tur. lib. 7, cap. 16 et 19.

jo? ¿Acaso no sabiais las reglas canónicas sobre esta materia? Pero no os contentásteis con esto, sino que quisisteis sobornar á mis súbditos con dinero para que mi corona pasase á las sienas de otro.»—Los francos al oír este discurso de unos labios que creian incapaces de mentir, pateaban de cólera y querian apedrear al obispo; mas el rey, que conocia mejor que ellos los resultados de tal arrebato, fingió moderacion y los tuvo á raya. Pretestato reclamó contra la falsedad de tales acusaciones, y sus enemigos ofrecieron la prueba. Esta se redujo á mostrar algunos presentes que el obispo habia hecho, en lo cual convino; pero negó fuertemente que hubiese intentado por este medio rebelion alguna. Los obispos conocieron la iniquidad de la trama urdida contra su compañero. Un simple arcediano de la iglesia de París, llamado Aecio, se levantó en el Concilio aunque despues de haber salido ya el rey, y dijo esforzadamente: «Reflexionad bien, príncipes de la Iglesia, quién tiene los ojos puestos en vosotros. Del paso que vais á dar en pró ó en contra de vuestro semejante, pende vuestra gloria ó vuestro eterno oprobio.» Los obispos se miraron sin replicarle, y sin atreverse á tomar una resolucion que los espusiese al riesgo de disgustar á la terrible Fredegunda, que era el móvil de esta persecucion.

Tan solo el arzobispo de Tours, el virtuoso Gregorio, fué el que apoyó lo que habia dicho el arcediano, y aun le escedió en su celo para animar el valor de los prelados. Pero no faltaron entre ellos cortesanos viles ó infames delatores contra el generoso arzobispo. El rey le envió á llamar al punto, y le dijo en tono irritado desde lo mas lejos que pudo hacerse oír: «obispo, vuestro santo carácter os obliga á hacer justicia á todos. ¿Por qué, pues, no me la haceis á mí? Vos comprobais bien el proverbio de que el ave de rapiña nunca saca

los ojos á su semejante.—Gregorio contestó: «Príncipe, si alguno de nosotros se aparta de la vía de la justicia, teneis en la mano el poder para hacerle volver; pero si os desvais vos mismo, ¿quién os reducirá? Nosotros no tenemos mas poder que el de la palabra que vos escuchais si os place; pero si os negais á oír, ¿quién os condenará sino aquel que es la norma y el sostén de toda justicia?» El rey insistió y llegó á hacerle algunas amenazas; pero el obispo las recibió como Santo, é hizo á su vez tan terribles amenazas de los juicios de Dios, que Chilperico, que no era malo sino por un impulso extraño, volvió á sus propios sentimientos, y procurando aplacar al Santo le prodigó mil halagos, y hasta le hizo tomarse alguna cosa de su mesa, pues era la hora de comer. Por fin, durante la conversacion le redujo Gregorio hasta prometer con juramento que no quitaria la libertad al Concilio ni exigiria cosa alguna contra los cánones.

Mas Fredegunda no habia ratificado estas promesas. Por la noche envió un confidente á Gregorio para ofrecerle doscientas libras de plata si dejaba condenar á Pretestato, afirmándole que tenia el voto de los demas obispos; pero Gregorio contestó: «No seguiré el juicio de los demas, sino en cuanto sea conforme á los cánones; y aun cuando me diereis por millares las piezas de oro y plata, no mudaré de parecer.»

Tambien asistió el rey á la segunda sesion del Concilio con la esperanza de convencer á Pretestato, por lo menos en alguno de los capítulos de acusacion; mas este mismo príncipe quedó convencido ó mas bien confundido, tanto que dijo á algunos confidentes: «conozco que el acusado dice verdad; mas ¿qué haré yo para dar gusto á la reina?» Despues de estar pensativo unos momentos, añadió: «andad, y decid á Pretestato, como que sale de vosotros mismos,

que soy bueno y perdono con facilidad; y que si se humilla en mi presencia confesando lo que se le atribuye, seguramente obtendrá perdon.» Inmediatamente se llevó este recado á Pretestato, el cual temiendo mas que nunca á la formidable Fredegunda, cayó ciegamente en el lazo. Habiéndose reunido los obispos la mañana siguiente y estando presente el rey, se postró en tierra Pretestato confesando todo lo que se le achacaba. Entonces el rey con la mas infame supercheria se arrojó tambien á los pies de los obispos, pidiéndoles justicia. «Sea depuesto rasgándole su túnica, dijo, y sea anatematizado recitando sobre su cabeza las maldiciones del salmo ciento y ocho, ó á lo menos fulminese contra él una sentencia de excomunion perpétua.» Gregorio, sin temer que recayese sobre su propia cabeza todo el fuego de la tempestad, hizo las mas vivas oposiciones, y reclamó con elocuencia la promesa que el rey acababa de hacerle de no pedir nada contrario á los cánones. No se escuchó cosa alguna, y Pretestato fué arrancado de su silla y puesto en una estrecha prision.

Habia resistido el arzobispo de Tours á una muger sobrado enemiga de que la contradijesen, y era temible que buscase alguna ocasion de perderle á él mismo. Leudaste, conde de Tours, declarado desde mucho antes contra su obispo, se ofreció á ser su acusador; pero estaba tan mal forjado el enredo que la calumnia de querer entregar la ciudad al rey Childeberto, destituida de prueba y aun de verosimilitud, se desvaneció por sí misma. El calumniador no queriendo que se le desmintiese, escogió otro capítulo de acusacion aun mas absurdo que el primero; pues aseguró que Gregorio infamaba á la reina, imputándole un trato deshonesto con un obispo: procedimiento desatinado, que ultrajaba la magestad misma de las personas augustas, á cuya ven-

ganza pretendia servir. Irritóse de tal suerte el rey, que en el primer ímpetu mandó azotar y encarcelar á Leudaste. Sin embargo, poco despues dispuso convocar un Concilio en Braine, á algunas leguas de Soissons, y mandó comparecer á Gregorio. Chilperico asistió en persona, y dijo á los obispos, que no podia disimular lo que ofendia tan claramente su honor; pero que no por esto intentaba violar el respeto debido á la dignidad episcopal (1): que aunque habia testigos contra el obispo de Tours, si los padres tenian por mas oportuno referirse á la conciencia del prelado, convenia en ello. Reduciase todo el peso de estos testigos al de un subdiácono de Tours, á quien el conde habia dado esperanzas del obispado. Dijeron al rey los Padres del Concilio, que no se debía creer á un inferior contra su prelado; y se convinieron en que Gregorio, despues de celebrar misa en tres altares, se justificaria con juramento. Tomóse este partido como el único propio para dar al rey alguna satisfaccion, y el obispo de Tours cumplió lo que se acababa de proponer. Entonces el conde Leudaste, que habia hallado medio de evadirse, fué excomulgado por todas las iglesias, como calumniador y autor del escándalo: despues de lo cual se remitió la decision á los obispos que no concurrieron al Concilio.

No estaba satisfecha Fredegunda; pero cuando la ocasion no la era favorable, sabia esperar otra mas propicia. Vióse entretanto acometida de cuidados mucho mas serios. Principió á descargar sobre ella el brazo del Señor, y en el espacio de pocos meses murieron de contagio sus tres hijos. Ella creyó ó afectó creer, que Clodoveo, su hermano mayor del primer matrimonio, les habia dado veneno, y con este pretesto fué al punto asesinado; mas ella no encontró con-

suelo en la multiplicacion de sus crímenes. Entrando entonces algun tanto en sí misma, dijo á su marido: «Hasta ahora Dios nos ha dejado sin castigo aunque somos tan malos; pero ved aquí que ya nos hiere por la parte mas sensible arrebatándonos nuestros hijos; tratemos, pues, ya de aplacar su cólera, y repartamos en limosnas los tesoros amontonados con nuestra dureza é insensibilidad (1).» Chilperico, que con otra muger hubiera podido ser bueno, disminuyó los impuestos, é hizo cuantiosas limosnas. La reina tuvo el consuelo de ser otra vez madre, y dió á luz un príncipe que reinó despues sobre todos los franceses, con el nombre de Clotario II. Su nacimiento, borrando la memoria de las anteriores calamidades, restableció la alegría y la perversidad que continuaron hasta la muerte de Chilperico. Por último, este rey murió cerca de Chelles, volviendo de caza, sin que se pudiese saber quien fué su asesino. La viuda, sin esperar mas acusacion que la de su conciencia, se refugió á la iglesia de París.

La principal autoridad sobre los franceses habia pasado al rey Gontrano, el cual se apoderó desde luego de la ciudad de París, pretendiendo que con haber entrado sus hermanos muchas veces contra su juramento, habian perdido para sí y para sus hijos el derecho que tenian á ella. Se hizo un mérito Fredegunda de consentir en esta ocupacion, mostró á Gontrano una confianza ilimitada, único recurso que la quedaba, y le presentó el niño Clotario que no tenia mas que cuatro meses. Hízole reconocer Gontrano por rey de Soissons y de todas las provincias que su padre Chilperico habia poseído.

Este rey de Borgoña, como se vé por este solo rasgo, era bueno, lleno de franqueza, inclinado á perdonar y sinceramente

(1) Gregor. Turon. lib. 3. hist. cap. 30.

(1) Greg. Tur. lib. 3. hist. c. 35.

piadoso (1). Distinguióse todo su reinado por un gran celo de la propagacion de la Religion, por una liberalidad prodigiosa con las iglesias y los pobres; y en una palabra, por tantas virtudes que le han hecho poner en el número de los Santos. Hállanse no obstante algunas manchas bastante graves en el curso de su vida, como en la de los mejores príncipes de aquellos reinados bárbaros. Cuentan que hizo quitar la vida á pedradas á uno de sus camareros por haber muerto un búfalo en el bosque de Voges. Habiéndole dicho la reina Austrigilda su muger al tiempo de espirar, que sus médicos la habian muerto, tuvo la debilidad de prometerla que los haria perecer y la crueldad de cumplirlo. No cabe duda que expió sus culpas con un arrepentimiento sincero y con la multitud de sus buenas obras. Hasta en sus comidas mostraba su respeto á la Religion, convidando muchas veces á los obispos, á quienes hacia sentar en el lugar mas honroso, y en vez de cantares agradables se cantaba un responsorio ó algun otro cántico del oficio divino.

Los santos prelados tenian mucho poder sobre el espíritu de Gontrano. Sin embargo, habiendo mediado San Gregorio de Tours para que volviese á su gracia al conde de Burdeos y otro señor, culpables ambos de un crimen de Estado, fingió el rey que no le oia, y no le contestó. El caritativo mediador mudando entonces su súplica en apólogo dijo al rey: «dignáos oirme señor, mi soberano me manda como diputado á vos. ¿Qué le diré, pues vos no me dais respuesta alguna?»—«¿Y quién es vuestro soberano?» contestó admirado el rey.—«Es San Martin,» replicó Gregorio sonriéndose. Ordenó el rey que entrasen Garacairo y Boldasto (estos eran los nombres de los

(1) Gregor. Turon. hist. lib. 8. c. 7.

dos señores), y despues de algunas repreciones los recibió en su gracia.

Movido de su celo por el bien de la Iglesia y por la disciplina, convocó diferentes Concilios, entre los que es célebre el segundo de Macon, tenido en 585, al que asistieron cuarenta y tres obispos y quince diputados de los ausentes. Hiciéronse en él veinte cánones, de los cuales el quinto manda con pena de excomunion pagar los diezmos á los ministros de la Religion conforme á la ley de Dios y á la costumbre inmemorial de las iglesias. Encarga el quince á los legos respetar á los clérigos mayores, esto es, á los que están ordenados *in sacris*; y dice en términos espresos, que cuando se encuentren, si ambos van á caballo, el lego se quitará su sombrero; y si el clérigo va á pie, el lego se apeará para saludarle. Prohíbe á las viudas, aun á las de los clérigos menores, el casarse segunda vez, y á los clérigos el asistir á las sentencias de muerte y á su egecucion. El rey apoyó y secundó con un edicto los cánones de este Concilio.

Algun tiempo despues se tuvo en Auxerre otra asamblea, que aunque particular de esta diócesis, es digna de notarse. En ella determinaron que no se celebrasen dos misas al día en un mismo altar, y en particular que no la celebrase el presbítero despues del obispo, y que las mugeres no recibiesen la Eucaristía en la mano desnuda, sino sobre un lienzo llamado dominical: costumbre singularísima que la Iglesia tuvo justas razones para suprimir. Este sínodo, cuyos estatutos parecen ser la egecucion de los de Macon, limita sin embargo á las viudas de los clérigos mayores la prohibicion de pasar á segundas nupcias, que los Padres de Macon hacian estensiva á todos los clérigos en general sin escepcion alguna. Tenia cada iglesia sus costumbres propias, que se conservaban cuando no degeneraban

en abusos. Tambien prohibe este sínodo á los clérigos cantar y danzar en un convite, y á los monges y abades el ser padrinos en los bautismos.

Muerto el rey Chilperico, la ciudad de Ruan restableció á su obispo Pretestato, quien visitó al rey Gontrano en París y le pidió que hiciese reveer su causa. Fredegunda sostenia que no se debía volver á examinar un negocio decidido ya por cuarenta y cinco obispos. Mas los tiempos habian mudado mucho: los prelados tímidos tornaron al partido de la virtud que era ya el mas seguro; y para que no apareciese contradiccion alguna, el obispo de París dijo en nombre de todos los demás, que no se habia depuesto á Pretestato, sino sometido-le simplemente á una penitencia. Fué, pues, restablecido con gran contento y gozo de su pueblo; y Melanio, que habia ocupado su lugar, viéndose espelido con oprobio, se retiró y se acogió á Fredegunda. Concibió ésta un despecho cruel; mas disimuló por espacio de dos años, al cabo de los cuales se trasladó á Ruan y mandó dar de puñaladas á Pretestato por mano de uno de sus esclavos, en la iglesia misma á donde habia acudido muy temprano para celebrar el oficio divino. Pidió á gritos socorro, se apoyó sobre el altar, y le inundó con su sangre encomendándose al Señor. Lleváronle á su habitacion y le pusieron en su lecho. La perfida Fredegunda vino al momento á visitarle, mostrando indignarse mas que nadie por este impío asesinato, y pidiendo con imprecaciones que se le dijese quién era el autor. Mas no se dejó engañar por esto el santo obispo, el cual con un tono que pareció inspirado, respondió: «¿De dónde habia de venir este golpe, sino del brazo que ha derramado tanta sangre inocente, sin perdonar la de nuestros reyes?» Fredegunda sin inmutarse, le ofreció sus médicos. «Dios quiere sacarme de este mundo, respondió

Pretestato; pero tiembla, furia sacrilega, que él vengará con mas rigor la sangre de su ministro.» Los señores que se hallaban presentes, demostraban su horror con un sordo murmullo; y uno de ellos se enardeció de tal suerte que dijo á la reina, como amenazándola, que se practicarían las mas rigurosas pesquisas. Fredegunda le escuchó pacíficamente, y le dijo que tenia razon, fingiendo no comprender que se hablaba de ella. Pero no tardó en hallar medio para hacer envenenar á este generoso enemigo de sus crímenes.

Prendieron por último al esclavo que habia asesinado al santo obispo, y declaró que por cometer esta muerte sacrilega, habia recibido cien sueldos de oro de la reina Fredegunda, cincuenta del obispo Melanio y otros cincuenta del arcediano de Ruan, y que le habian ofrecido ponerle en libertad á él y á su muger. Sufrió el último suplicio el asesino; pero Fredegunda, sagaz sobre todo en sacar ventaja del crimen, hizo restablecer á Melanio sobre la Silla de Ruan. Se venera á Pretestato como á un santo mártir.

Antes de haber impuesto el castigo al asesino, el obispo de Bayeux, como primer sufragáneo de la provincia, consultó á los obispos de Francia; y de acuerdo con su dictámen, mandó cerrar las puertas de Ruan hasta que se descubriese al asesino, y se impidió al pueblo asistir al oficio divino (1). Este es un ejemplo de los entredichos eclesiásticos, al que podriamos agregar un gran número de otros de aquellos tiempos antiguos. Habiendo sido profanada la iglesia de San Dionisio algunos años antes por una grande efusion de sangre, se suspendieron en ella los oficios sagrados, y los culpables fueron excomulgados hasta que diesen satisfaccion. Leon, obispo de

(1) Gregor. Turon. lib. 8. hist. c. 81.